

ELISABETH YOUNG-BRUEHL

HANNAH ARENDT

Una biografía

Traducción de Manuel Lloris Valdés

PAIDÓS Contextos

Título original: *Hannah Arendt. For love of the world*, de Elisabeth Young-Bruehl
Publicado originalmente en inglés por Yale University Press, New Haven & Londres
Primera edición publicada por Edicions Alfons El Magnànim, Valencia

1.^a edición, septiembre de 2006

1.^a edición en esta presentación, marzo de 2020

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Elisabeth Young-Bruehl, 1982

© de la segunda edición, Elisabeth Young-Bruehl, 2004

© de la traducción, Manuel Lloris Valdés

© de la traducción de la segunda edición, Gonzalo Torné de la Guardia, 2006

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2006

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3678-2

Depósito legal: B. 755-2020

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Impreso en España – *Printed in Spain*

SUMARIO

Agradecimientos	11
Prefacio a la segunda edición	15
Prefacio	43
Nota del editor	59

PRIMERA PARTE 1906-1933

1. <i>Unser Kind</i> (1906-1924)	67
Gentes de Königsberg	67
Una luminosa niñez ensombrecida	74
Años tristes y difíciles	81
Sturm und Drang	89
2. Las sombras (1924-1929)	105
Pensamiento apasionado	105
Extraordinario y mágico	114
Amor al prójimo	123
3. La vida de una judía (1929-1933)	143
Defensores de la filosofía	143
La biografía como autobiografía	152
Pasos en dirección a la política	159
Días y noches	164
Una rebelión sionista	169

SEGUNDA PARTE
1933-1951

4. Apátridas (1933-1941)	183
Su pueblo	183
Heinrich Blücher	191
Lecciones de fascismo	209
Camino de la emigración	218
5. La lealtad es el signo de la verdad (1941-1948)	235
Orientaciones, obligaciones	235
Por un ejército judío	245
La carga del tiempo: los años de la Solución Final	253
Consuelos	261
Los orígenes del totalitarismo	273
6. Un rostro privado en la vida pública (1948-1951)	287
Los europeos	287
Teoría política para el presente	299
La muerte de Martha Arendt	310
Confirmaciones	317
Fundamentos para un filosofar futuro	329

TERCERA PARTE
1951-1965

7. Encontrarse en casa en el mundo (1951-1961)	343
La monarquía dual	343
Variedades de anticomunismo	357
América y Europa: Reflexiones sobre la Revolución	368
Una «Laudatio» en Europa	382
Una controversia en América	392
<i>Amor Mundi</i>	403
8. Cura posterior: Eichmann en Jerusalén (1961-1965)	413
Reportera del proceso	413
La banalidad del mal	423
La controversia Eichmann	436
Repercusiones	445
Preguntas no respondidas	453

CUARTA PARTE
1965-1975

9. América en tiempos de oscuridad (1965-1970)	477
La República	477
Apariciones públicas	485
Sobre la Revolución	495
Reconsiderando el totalitarismo	503
Sobre la violencia en 1968	509
Adiós a Jaspers	520
Moral y acción política	524
Blücher	529
10. Ya no y todavía no: <i>La vida del espíritu</i> (1970-1975)	537
El consuelo de la filosofía	537
La tarea de pensar	549
<i>De Senectute</i>	556
El último año	561
El trabajo de comprender	569
Apéndices	577
1. Los Cohn y los Arendt de Königsberg	579
2. Texto alemán de los poemas de Hannah Arendt	583
3. La tesis doctoral de Arendt: sinopsis	595
4. Bibliografía cronológica de las obras de Hannah Arendt	605
Lista de ilustraciones	621
Índice de nombres	623

PRIMERA PARTE

1906-1933

CAPÍTULO 1

Unser Kind (1906-1924)

Una ciudad grande como Königsberg, a orillas del Pregel, centro de un distrito, con dependencias gubernamentales y una universidad, bien ubicada para el comercio ultramarino y para el tráfico con países próximos y remotos, de diferentes idiomas y costumbres; tal ciudad es el lugar adecuado para llegar a saber más del hombre y del mundo, incluso sin viajar a otras partes.

KANT, *Antropología desde un punto de vista pragmático*

GENTES DE KÖNIGSBERG

Los abuelos paternos y maternos de Hannah Arendt, los Arendt y los Cohn, procedían de familias asentadas en Königsberg, ciudad que eligieron para instalarse y perpetuar su linaje. Königsberg era la capital de Prusia Oriental, ciudad fundada en el siglo XIII por la Orden Teutónica, organización religioso-militar cuyo origen se remonta al tiempo de las Cruzadas. Durante un tiempo, Königsberg fue la residencia del Gran Maestre de la Orden. Más tarde, en el siglo XVI, se convirtió en la residencia de los duques de Prusia, cuyo castillo, asomado a un lago, dominaba el centro de la ciudad. La animada, pero a la vez pacífica capital de provincia estuvo amenazada de destrucción durante la primera guerra mundial, pero el ejército ruso fue rechazado sin daño físico para la ciudad. Menos suerte tuvo durante la segunda guerra mundial, en que primero su núcleo de población judía, y luego la población alemana, desaparecieron.

Cerca de cinco mil judíos vivían en Königsberg a principios del siglo XX, rusos en su mayoría. El trayecto ferroviario Odessa-Königsberg era la ruta más corta desde el sur de Rusia hasta el Mar Báltico y por eso mismo fue utilizada por cientos de miles de judíos rusos que huían de los pogromos y

de la legislación antijudía. La gran mayoría de estos huidos prosiguieron viaje con destino a Inglaterra y América, pero un buen número se establecieron en Königsberg y en otras ciudades del Este de Alemania que contaban con núcleos judíos de importancia.

Jacob Cohn, el abuelo materno de Hannah Arendt, nació en 1838 en un territorio que actualmente es Lituania y emigró a Königsberg en 1852, a punto de iniciarse la transición del reinado del zar Nicolás al de su hijo Alejandro II. En 1851, a pesar de las protestas de los judíos de Europa occidental, Nicolás había decretado la clasificación de los judíos en dos grupos: los ricos o diestros, «útiles», y los «no útiles». Los no útiles estaban sujetos a reclutamiento y durante la guerra de Crimea muchos de ellos huyeron del país. El padre de Jacob Cohn, que era comerciante, huyó y estableció un pequeño negocio de importación de té en Königsberg, que se había convertido en el centro mayor de importación de este producto en toda Europa, distribuyendo té de origen ruso en el mercado mundial, dominado por los británicos. Jacob se hizo cargo del negocio familiar, que bajo su dirección se convirtió en J. N. Cohn y Compañía, la mayor firma de Königsberg.

Jacob Cohn tuvo tres hijos de su primera esposa y después cuatro más de la segunda, también una emigrante rusa, Fanny Spiero. Cuando murió Jacob Cohn, en 1906, su mujer, sus siete hijos y los hijos de éstos, heredaron el negocio familiar y una gran cantidad de dinero. Hasta los años de la inflación posterior a la primera guerra mundial, los doce primos, nietos de Jacob Cohn, vivieron confortablemente. Hannah Arendt siempre recordaría con placer cómo, en sus correrías infantiles por los almacenes de los Cohn, podía percibir en el ambiente la Rusia de los antepasados de su madre; y cómo era obsequiada con un delicioso producto añadido al catálogo exportador de la empresa: el mazapán.

En el siglo XVIII, el Königsberg al que emigraron los Cohn y muchas otras familias rusas, había sido un centro de la Ilustración judía-alemana de importancia tal que sólo cedía ante Berlín. Muchos judíos se educaron en la Albertina, como era llamada la universidad de Königsberg, matriculándose sobre todo en la Facultad de Medicina, pero buscando también con frecuencia al más ilustre de los profesores de esa universidad, Immanuel Kant. Sin embargo, la fuerza intelectual más importante de los judíos cultos de Königsberg la constituían los seguidores de Moses Mendelssohn. Miembros de este grupo, financiados por el propio Mendelssohn, fundaron una revista en Königsberg, *Ha-Me'-assef* («El recolector»), destinada a presentar en traducción hebrea literatura no judía. Este grupo formaba parte del movimiento denominado *Haskalah* («Ilustración»), que tuvo su origen en las comunidades judías orientales y se extendería hacia el oeste con la marea migratoria. Los reformadores occidentales como Mendelssohn promovieron el movimiento procedente del Este, pero poniendo menos énfasis en el idioma hebreo. Mendelssohn estaba más interesado en in-

roducir a los judíos en la cultura alemana en alemán. Para los judíos germanos no tradicionalistas, Mendelssohn se convirtió en el mejor exponente de la emancipación social y cultural —aunque no política—, y eso es lo que fue para el abuelo paterno de Hannah Arendt, Max Arendt, la familia materna del cual se había establecido en Königsberg, procedente de Rusia, durante la época de Mendelssohn.

Mendelssohn murió en 1786, antes de que el rey de Prusia se reuniera con sus consejeros para debatir la cuestión de si debería otorgárseles la ciudadanía a los judíos prusianos. La decisión, negativa, desalentó a los judíos que deseaban ser ciudadanos, si bien es cierto que, entre ellos, los que gozaban de una posición social privilegiada (urbanos, educados y germanizados) sólo se vieron afectados en parte. Muchos de los habitantes de Königsberg de la generación posterior a Mendelssohn, incluido el eminente publicista David Friedländer, se convirtieron al cristianismo. En *Los orígenes del totalitarismo*, Hannah Arendt hizo notar que personas como Friedländer albergaron un desprecio hacia el judaísmo que no hubiera sido posible en un hombre de las convicciones y la integridad de Mendelssohn. Éste último, decía Arendt, «sabía que la extraordinaria estima [de un hombre] a su propia persona corría paralela a un extraordinario desprecio hacia su pueblo. Como [Mendelssohn], contrariamente a judíos de generaciones posteriores, no compartía este desprecio, no se consideró a sí mismo algo excepcional».¹ Su conciudadano, Friedländer, era para Hannah Arendt el modelo de judío que ella nunca quiso ser, «un judío de excepción».

La entrada de Napoleón en Berlín marcó el principio del fin de la más ilustre institución social de la generación de Friedländer, el *salón*. Judías como Rahel Varnhagen, la protagonista de la biografía escrita por Arendt (*Rahel Varnhagen: Lebensgeschichte einer deutschen Jüdin aus der Romantik*), mantuvieron salones en sus casas. La conquista napoleónica permitió gozar a los judíos prusianos de muchos de los derechos cívicos recientemente concedidos a los judíos franceses y a los de los estados alemanes occidentales de la napoleónica Confederación del Rin. Pero al extenderse estos derechos, los judíos ricos y cultos vieron difuminarse la distancia social que les separaba de sus menos afortunados hermanos. Entonces, tuvieron que luchar para demostrarse y demostrar que ellos eran «excepciones».

Los judíos prusianos habían esperado que el Congreso de Viena, de 1815, les otorgaría finalmente plenos derechos políticos. Por el contrario, se vieron reducidos a un status muy parecido al que habían tenido antes de las victorias napoleónicas. Muchos judíos de la clase alta, educada y rica, siguieron entonces el ejemplo de la generación de Friedländer y se convir-

1. Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo* [(Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1973), p. 58, n. 12]. Todas las referencias están hechas a la reimpresión de 1973 de la nueva edición de 1966, a menos que se indique de otra manera; en adelante citada como *Orígenes*).

tieron al cristianismo, aceptando las nociones conservadoras prevalentes del Estado «cristiano-germano» o «germano-teutón». Como consecuencia de esta ola de conversiones, las tensiones entre los judíos no tradicionalistas y los ortodoxos se recrudecieron y alcanzaron un grado mayor al observado desde los tiempos de la reforma cultural de Mendelssohn. Muchos de los judíos que no se convirtieron al cristianismo se adhirieron al naciente Judaísmo Reformado de hombres como Abraham Geiger; o al Judaísmo Histórico —conocido en América como Judaísmo Conservador— de Zacharias Frankel.

Las profundas divisiones entre judíos ortodoxos y no ortodoxos continuaron durante el período de la emancipación política judía y durante el período de las emigraciones del Este. Perduraban firmemente todavía en los años de niñez de Hannah Arendt. Sus abuelos maternos y paternos eran judíos del ala reformista, admiradores del rabino Hermann Vogelstein, de Königsberg, uno de los líderes más influyentes del judaísmo liberal alemán. Junto con otros miembros de su familia, Vogelstein, autor de varios libros de historia judía —entre ellos una historia clásica de los judíos en Roma— constituía un ejemplo a la vez político y cultural. Vogelstein era un judío *alemán*, y prestaba su apoyo al Partido Socialdemócrata. Su hijo y su hija, fueron líderes del Movimiento Juvenil Judío, los *Kameraden*, agrupación a la que pertenecían muchos de los jóvenes escolares condiscípulos y amigos de Hannah Arendt. La hermana de Vogelstein, Julie Vogelstein-Braun, editó las obras de su hijastro, Otto Braun, joven escritor muerto en la primera guerra mundial que era hijo de Lily Braun, famosa socialista, publicista de cuestiones femeninas. El rabino Vogelstein y su hermana emigraron a Nueva York antes de la segunda guerra mundial y establecieron allí una fundación filantrópica que suministraba ayuda financiera a los emigrantes. Hannah Arendt se reencontró con ambos en Nueva York, pero ya entonces ella había pasado años de su vida trabajando por la causa que habían esperado que nunca sería fomentada por los acontecimientos: el sionismo.

Durante los años escolares de Hannah Arendt, hubo algunos sionistas en Königsberg, especialmente en la comunidad universitaria. En 1904 se fundó una Asociación de estudiantes judíos (*Verein jüdischer Studenten*), que llegó a tener muchos miembros. La generación anterior a ésta, incluido Max Arendt, que era uno de los líderes de la comunidad judaica de Königsberg y miembro de la *Centralverein deutscher Staatsbürger jüdischen Glaubens* (Asociación central de ciudadanos alemanes de fe judía), no miraba con buenos ojos a los sionistas. Kurt Blumenfeld, quien más tarde sería presidente de la Organización Sionista Alemana —y amigo y mentor de Hannah Arendt— conoció a Max Arendt siendo estudiante sionista y tuvo enfrentamientos acalorados con él por la «cuestión judía». Max Arendt rechazaba frontalmente todo argumento que arrojara la menor duda sobre su condición de alemán. Estos dos hombres mantuvieron sus diferencias,

aunque se hicieron amigos a pesar de las mismas. Blumenfeld visitaba a menudo la casa de los Arendt. Era un hombre jovial y exuberante que gozaba —como recuerda en sus memorias— jugando a gatas con la pequeña nietecita de Max Arendt, Hannah.²

El padre de Hannah Arendt, Paul, era el único hijo de Max Arendt con su primera esposa, Johanna. Ni Paul ni su hermana Henriette, que se fue a vivir a Berlín, se casó con un francés y se hizo asistenta social, tenían buenas relaciones con la segunda esposa de su padre, Klara, hermana de su madre. Klara Arendt era una mujer desagradable, famosa en la familia por su terquedad y por su incapacidad para atenerse a la norma de que la caridad bien entendida empieza en el hogar propio. Cuando su nieta Hannah —a la que se le puso el nombre de la madre de Paul, Johanna— lanzó más tarde duras acusaciones contra los plutócratas y los filántropos judíos, allí había el eco de la impaciencia de la familia con Klara Arendt. En cambio, Martha Arendt era hija de una mujer sencilla y callada, Fanny Spiero Cohn, que hablaba alemán con un fuerte acento ruso y a la que le gustaba vestir ropas campesinas rusas. Las Cohn eran mujeres generosas y sentimentales. Cuando la madre y la hija enviudaron, se reconfortaban mutuamente e iban juntas a tomar las aguas a Karlsbad. Su simpatía y mutua comprensión eran características destacadas en la rama de la extensa familia Cohn de Hannah Arendt, en la que había muchas más mujeres que hombres y donde tantas de ellas tuvieron que sufrir la muerte de sus esposos o hijos.

Paul y Martha Arendt eran personas más cultas, habían viajado más y políticamente más inclinadas a la izquierda que sus padres. Ambos se habían hecho socialistas durante su juventud, en una época en que el partido socialista aún era ilegal en Alemania. Este compromiso les distinguía de la mayor parte de sus coetáneos, que pertenecían al Partido Demócrata alemán. Paul, que era ingeniero por la Universidad de Königsberg, Albertina, fue también aficionado a las humanidades. Su biblioteca estaba provista de los clásicos griegos y latinos, que luego su hija leería con entusiasmo. Martha, como la mayor parte de las mujeres de su clase y generación, había recibido la educación en casa, y luego había sido enviada al extranjero: estuvo en París tres años, estudiando música y francés. Ni el padre ni la madre de Hannah Arendt eran religiosos, pero enviaron a su hija a la sinagoga, con sus abuelos paternos y mantuvieron buenas relaciones con el rabino Vogelstein y su familia, pues se entendían en el terreno político, dada su condición de socialdemócratas.

La temprana relación de Hannah con el rabino Vogelstein fue más personal: ella estaba loca por él. Martha Arendt se divertía contándole a sus amigos que Hannah había anunciado su intención de casarse con el ra-

2. Kurt Blumenfeld, *Erlebte Judenfrage* (Stuttgart: Deutsche Verlag-Anstalt, 1962), p. 45 (en adelante citado como *Erlebte Judenfrage*).

bino cuando ella fuera mayor. La madre le había replicado que si hiciese tal cosa tendría que resignarse a no comer cerdo, a lo que la niña, siempre espabilada y dispuesta a salirse con la suya, contestó: «Bien, entonces me casaré con un rabino con cerdo». Cuando Hannah estudiaba en la escuela primaria, el rabino Vogelstein comparecía varias veces por semana en el hogar de los Arendt para darle educación religiosa a la pequeña. Esta instrucción, que se inició cuando Hannah tenía siete años, constituyó la única formación que en lo religioso recibiera nunca, si bien años más tarde, en París, estudió hebreo de manera informal. La catequesis cristiana había sido obligatoria para todos los párvulos; Hannah Arendt recibió la influencia de este aprendizaje, así como la de las prácticas religiosas de la sirvienta cristiana en la casa familiar. Un día le dijo a Vogelstein —sin duda para sorpresa de éste— que las oraciones deberían ser ofrendadas a Cristo.

El rabino, no obstante, no se dejaba sorprender del todo por una chiquilla descarada, y en una ocasión posterior, en que Hannah proclamó que había dejado de creer en Dios, le replicó: «¿Y quién te pidió que creyeras en Él?». Hannah Arendt comprendería años más tarde que esta apreciación de Vogelstein, es decir, que las dudas y las luchas internas individuales no constituían el centro del sentimiento de identidad judía, reflejaba un desplazamiento de la conciencia de los judíos alemanes durante los primeros años del siglo XX. Kurt Blumenfeld dejó constancia de este cambio en sus memorias, al citar una observación de su amigo el editor Salman Schocken, en 1914: «Zur Zeit der Emanzipation fragte man: was glaubst Du? Heute fragt man nur: Wer bist Du?» («Durante el período de la emancipación se le preguntaba a alguien, “¿qué crees tú?” Hoy se pregunta solamente, “¿quién eres tú?”»).³ La verdadera respuesta a esta pregunta, según lo creía Kurt Blumenfeld y también Hannah, era: al margen de lo que tú creas o dejes de creer, naciste judío.

El antisemitismo no se hacía muy visible para los judíos asimilados de Königsberg durante el período de niñez de Hannah Arendt. Las familias judías pertenecientes a los círculos profesionales y mercantiles vivían en un distrito llamado Hufen, cerca del espacioso Tiergarten, y gozaban de las comodidades de la clase media. Por su parte, los judíos de clase obrera, conocidos incluso por los descendientes de emigrantes rusos como *Ostjuden*, judíos orientales, habitaban el lado sur del río Pregel, cerca de la más antigua sinagoga ortodoxa, un imponente edificio de ladrillo rojo con una cúpula de fuerte semblanza bizantina. Ambos segmentos —la clase media judía y la baja— confluían raramente. Muy pocos de los niños judíos de clase obrera conseguían el ingreso en el *Gymnasium*, donde, por otra parte, sólo había tres o cuatro judíos en cada clase. No era corriente que un judío ostentara un cargo gubernamental, local o provincial, pero en

3. Blumenfeld, *Erlebte Judenfrage*, p. 93.

cambio, sí que había en la comunidad alemana maestros y artistas judíos, aparte de los más destacados médicos y abogados. Los judíos no podían ser profesores universitarios, pero gozaban de un estatus honorífico y se les permitía impartir enseñanzas judaicas. Los judíos del círculo de conocidos de Paul y Martha Arendt no eran comerciantes —contrariamente a las amistades de sus progenitores— sino profesionales: médicos, abogados, educadores y músicos. Martha Arendt tenía amistad con un grupo de mujeres que fundaron parvularios y escuelas primarias. Entre ellas figuraban Frau Stein y Frau Sittznik, directoras de las escuelas de las que Hannah Arendt fue alumna. Estas mujeres no tenían una educación universitaria —la Albertina no admitió mujeres hasta 1906—, pero sí de maestra. La generación de Martha fue la primera, desde los días de Rahel Varnhagen, en producir un número notable de figuras literarias femeninas, así como de artistas y músicos; y en Königsberg había círculos literarios, orquestas de cámara y organizaciones políticas en que las mujeres jugaban un papel preeminente. Entre las amistades de Hannah Arendt se daba por sentado que las hijas debían ser criadas y educadas para carreras que en el pasado habían sido privativas de los hijos.

La asimilación de judíos seculares de clase media, como los Arendt, no impedía que sus hijos no estuvieran sujetos a ocasionales observaciones perturbadoras —oídas en las aulas o en los juegos— que les hacían conscientes de su diferencia. Un día, Hannah Arendt regresó a su casa de la escuela primaria y le preguntó a su madre si era verdad lo que le había dicho uno de sus compañeros, que su abuelo había matado al Señor Jesús. Cuando Hannah Arendt, adulta, reflexionaba sobre estos incidentes y se refirió a ellos en una entrevista televisada en 1964, los situó en un contexto que minimizaba la dimensión nociva, pero ponía el acento en lo que había aprendido de ellos:

Yo procedía de una familia antigua de Königsberg (los Arendt). Pero la palabra «judío» nunca fue mencionada en casa. La conocí por primera vez —aunque realmente apenas si vale la pena relatarlo— en las observaciones antisemitas de los niños cuando jugábamos en las calles. Entonces, por decirlo de algún modo, me ilustré... De niña —ahora ya una niña algo mayor— yo sabía, por ejemplo, que tenía aspecto de judía... Es decir, que mi apariencia era un poco distinta de la de los demás. Pero no de una manera que me hiciera sentirme inferior, simplemente tenía conciencia de ello, eso es todo. Y mi madre, mi casa, eran también un poco diferentes de lo general, incluso en comparación con otros niños judíos... las cosas eran un poco diferentes para mí, pero es muy difícil para un niño precisar en qué consiste la diferencia... Mi madre no era demasiado dada a la teoría... la «cuestión judía» no tenía la menor relevancia para ella. ¡Naturalmente era una mujer judía! Jamás me hubiera bautizado o cristianizado. Y me hubiera propinado una buena azotaina de haber tenido razón para creer que yo hubiese negado mi condición de judía. El asunto nunca fue materia de discusión. Se daba por sentado... Todos los niños judíos se tropezaban

ban con el antisemitismo. Y las almas de muchos de ellos quedaron envenenadas por esta causa. La diferencia, en mi caso, estribaba en el hecho de que mi madre insistía en que no me humillara. ¡Uno debe defenderse! Cuando mis maestros lanzaban observaciones antisemitas —generalmente no dirigidas a mí, sino a mis compañeros judíos, particularmente a los del Este— yo tenía instrucciones de levantarme, abandonar el aula, marcharme a casa y contar exactamente lo que había pasado. Mi madre escribía entonces una de sus muchas cartas y con ello concluía mi participación en el asunto. Un día sin escuela, lo que era, naturalmente, muy agradable. Pero si los comentarios venían de otros niños, mi proceder tenía que ser otro. *Quedarme y defenderme* de esas observaciones. Así pues, estas cosas no constituyeron para mí un verdadero problema. Existían normas de conducta, normas domésticas, por decirlo así, con las cuales mi dignidad quedaba protegida, absolutamente protegida.⁴

Al mirar unos cincuenta y cinco años atrás, Hannah Arendt consideraba el antisemitismo de su niñez en Königsberg como un asunto poco problemático para ella; sentía que había sido protegida e incluso que había crecido —como más tarde le contó a su profesor Karl Jaspers— sin prejuicios, bajo la tutela de su madre. Lo que sobresalía en su memoria fue la actitud que se propuso mantener durante toda su vida, y que procuró alentar en otros judíos: «¡Uno debe defenderse!».

UNA LUMINOSA NIÑEZ ENSOMBRECIDA

La lección que Martha Arendt dio a su hija formaba parte de un proyecto mayor. La señora Arendt quería guiarla por la senda de lo que ella llamaba un *normale Entwicklung*, un desarrollo normal.⁵ No era éste un ideal judío, sino alemán, y tenía su origen en una lectura que era obligatoria para todos los alemanes cultos: las obras completas de Goethe, el mentor alemán en materia de *Bildung*, es decir, la formación y modelación consciente de cuerpo, mente y espíritu. En los hogares alemanes en que se pretendía que la descendencia llegara a ser parte un día de la *Bildungselite* (la élite educada) había versiones preparatorias a pequeña escala de lo que Goethe llamara la «provincia pedagógica». Autodisciplina, encauzamiento constructivo de las pasiones, renuncia y sentido de la responsabilidad hacia los demás, tales eran las consignas de Goethe. Todo niño conocía el catecismo del maestro:

Was aber is deine Pflicht? Die Forderung des Tages. (¿Cuál es tu deber? Las exigencias del día.)

4. Entrevista con Gaus.

5. *Unser Kind*, el diario de Martha Arendt, se encuentra en Arendt Papers, Library of Congress. Todas las traducciones son nuestras. Deseo expresar mi agradecimiento al Dr. Herbert Arnold, por su ayuda. Sucesivas citas del diario no serán anotadas individualmente.

Martha Arendt guardaba cuidadosamente los recuerdos del crecimiento de su hija. Desde el día en que nació ésta, el libro de los Arendt, *Unser Kind* (Nuestra hija) se fue llenando de notas relativas a todos los aspectos de la vida de la niña: desarrollo físico, menús y rutinas diarias, enfermedades varias y su tratamiento, logros intelectuales y signos de formación de la personalidad. Para obvio placer de sus padres, «la hijita» crecía según el itinerario ideal de la *normale Entwicklung*. Era una niña saludable, despierta y alegre, «un verdadero sol».

Cuando nació Hannah Arendt, en octubre de 1906, sus padres Martha y Paul vivían en Linden, suburbio de Hannover. El señor Arendt desempeñaba un cargo en una compañía eléctrica y su sueldo le permitió comprarse una cómoda casa de madera y mantener una niñera, Ada, que era de religión cristiana. Los Arendt, además, se tomaron vacaciones durante los dos primeros veranos de la vida de Hannah (en *Unser Kind* se menciona una estancia en Lauterberg, balneario situado en los Montes del Harz), viajaron a Königsberg para visitar a los abuelos de ambas ramas, los Cohn y los Arendt, y mantuvieron lazos con sus amigos berlineses (habían vivido en Berlín durante los primeros años de su matrimonio). Parientes y amigos se desplazaban a su vez a Hannover para visitar a los Arendt. Hasta que aparecieron los primeros síntomas de la enfermedad de Paul Arendt, la vida familiar había sido placentera, animada, plena. Martha Arendt tocaba el piano, todos, incluida «la pequeña» cantaban y se complacían contando historias. Excepto en los días más severos del duro invierno del norte de Alemania, los Arendt iban a un parque cercano o al jardín central de Hannover, donde paseaban al aire fresco, una actividad considerada esencial para la salud por generaciones de alemanes.

Martha Arendt poseía los medios para fomentar con gran atención el *Entwicklung* físico de su hija. Anotaba minuciosamente sus éxitos y sus retrocesos ocasionales, lo hizo desde el primer día de vida de Hannah: «Veinticuatro horas después de nacer se le ha dado leche materna al bebé... pero no sabía mamar, de modo que se le hizo beber un poco de infusión de hinojo. Al cuarto día, finalmente, el bebé empezó a mamar... Durante las dos primeras semanas perdió peso; al fin de la primera pesaba 3 kilos y 390 gramos. A partir de entonces se desarrolló según indica el gráfico...» Las notas de Martha Arendt se entretienen con la misma minucia en otros detalles: horarios de comida, enfermedades menores, dificultades con la medicación, características físicas. Los Arendt observaban a su retoño con admiración: «Posee un temperamento tranquilo, pero despierto. Creímos detectar percepciones de sonido en fecha tan temprana como la cuarta semana; de vista, aparte de su reacción general a la luz, a la séptima. Su primera sonrisa la vimos a la sexta semana, y observamos asimismo un general despertar interior. Los primeros sonidos los produjo durante la séptima semana...»

Las notas de Martha Arendt son las de un descubridor, las de una madre con su primer hijo, protectora y a veces ansiosa. Su afán protector, que

hoy parecería excesivo, estaba en consonancia con las prácticas más progresistas de la época. Mantenía a la pequeña envuelta en una pesada mantilla, una *Wickelteppich*, que cubría el cuerpo y las piernas, dejando libres los brazos. Con todo, esta mantilla representaba un gran avance respecto a las que las madres de los bebés alemanes habían utilizado hasta finales del siglo XIX. Fajas estrechamente envueltas que mantenían inmóviles no sólo las piernas sino también los brazos. La señora Arendt le impidió también a su hijita incorporarse, hasta que pudo hacerlo sin riesgo: «Estoy intentando reprimirla [para que no se siente] pero hasta el momento sin éxito. Se encuentra muy incómoda con ello». Pero este freno era suave en comparación con la costumbre anterior, atar a los niños a sus camas.

Las observaciones de Hannah Arendt, tan cuidadosas y técnicas reflejan el aumento de la observación científica del desarrollo de los niños que tuvo lugar en Alemania a partir de la década de 1880. Wilhelm Preyer, autor de *Die Seele des Kindes* (El alma del niño) (1881) había elaborado técnicas de observación vigilando a su propio hijo, y luego las amplió en el laboratorio fundado por él mismo en Leipzig, donde siguió el crecimiento de otros niños. A principios de siglo aparecieron varias revistas dedicadas al estudio de la psicología infantil, y muy pronto empezaron a divulgarse artículos científicos en los diarios y en las revistas destinadas a un público femenino. Uno de los más influyentes estudios de esta índole, obra de los psicólogos William y Clara Stern, quienes se basaron en la observación de sus tres hijos, se publicó en 1914. Cuando el mayor de los hijos de la familia Stern, Günther, conoció y se casó con la hija de Martha Arendt, Hannah, en 1929, se unieron en uno el «resultado» profesional y el amateur de las mismas tesis.

Entre las amistades de Martha Arendt, progresistas de clase media, las nuevas técnicas educativas infantiles eran objeto de mucho debate. Las mujeres de la generación de Martha fundaban parvularios y escuelas elementales, alentaban a las niñas a seguir por las rutas académicas tradicionalmente reservadas al sexo masculino, luchaban por el derecho de la mujer al voto. Y en el ámbito doméstico llevaban a cabo una rebelión pacífica contra las creencias sociales y religiosas que habían guiado a sus padres en la tarea de criar normalmente a sus hijos. Acontecimientos que con anterioridad habían sido ignorados, adquirieron importancia. A principios de siglo, las guías y los manuales para madres ponían el acento, por ejemplo, en la importancia del destete y del aprendizaje por parte del bebé de hacer por sí mismo las necesidades fisiológicas. Martha Arendt tomó cuidadosamente nota de estos detalles.

Muchas de las notas que aparecen al principio de *Unser Kind* están dedicadas fundamentalmente al desarrollo físico de Hannah. Pero Martha Arendt no olvidó incluir en la mayor parte de ellas unas cuantas frases concernientes al desarrollo mental y espiritual de su hija. Le complacía a la

madre observar signos de precocidad intelectual en su niña, y se permitió especular, cautamente, que ésta tal vez poseyera «cierta dosis de talento». A pesar de ello, la mayor preocupación de Martha era que su hija creciera normalmente como ser social y afable. No presionó intelectualmente a la niña, sino que procuró alentarla en sus relaciones con los demás y controlar sus arrebatos temperamentales. Con alivio, observó que su hija se alejaba «fácilmente en general» de malos comportamientos. Esta preocupación de la señora Arendt por la sociabilidad —que era su gran cualidad, reconocida y apreciada por cuantos la conocían—, se evidencia ya en sus primeras anotaciones a la historia del *geistige Entwicklung* (desarrollo espiritual) de su hija. A los seis meses: «A la pequeña no le agrada estar sola». Al año: «muy afable, se va con cualquiera (con pocas excepciones) y le gusta verse rodeada de tumulto». A los dos años: «Activa y alegre la mayor parte del tiempo, pero no le agrada entretenerse ella sola. Tiene un pronto, pero con dulzura, se la guía fácilmente. Es un pequeño ser que necesita sentirse amado».

Cuando cumplió su primer año, Hannah Arendt había adquirido gran afición por la música: «Obviamente posee oído musical, pues le gusta sentarse al piano y escuchar, uniéndose al canto con su alta voccecita». Ciertamente, parte del placer de la niña estaba en la música misma, pero escuchar música era para ella, y así siguió siéndolo, un factor importante de su relación con la madre. Resultó, sin embargo, que la pasión musical de la señora Arendt era mucho mayor que las dotes de su hija. La primera mostró su decepción en una nota escrita un año más tarde: Hannah «todavía posee su voz, fuerte y alta, pero por desgracia ahora canta desafinadamente». Esta situación no mejoró. Cuando Hannah tenía cuatro años y se había convertido en «una niña grande y sólida, que la gente toma ya por una escolar», su madre admitió la derrota. «Canta a menudo, con verdadera pasión, pero completamente desentonada. Conoce muchos textos y siempre reconoce un tema cuando alguien lo está silbando o tarareando. Posee sentido del ritmo, pero es incapaz de articular adecuadamente una sola nota.» Martha se guardó de forzar las dotes musicales de su hija, pero estaba obviamente decepcionada.

Si por una parte Martha Arendt se percató de la carencia de dotes musicales de su hija, por la otra empezó a notar con placer su precocidad intelectual. De la Hannah de seis años escribió: «Aprende con facilidad, está sin duda dotada, y en particular las matemáticas son su fuerte. En música, cualquier cosa teórica es captada por ella sin dificultad alguna, pero su oído nunca corrige nada». Desde el principio, lo que impresionó a Martha de su hija fue el amor de ésta por las palabras y los números. La madre a quien Hannah Arendt describiría más tarde como «poco dada a la teoría» crió a una hija muy teórica.

Hannah Arendt rompió a hablar al año bien cumplido. La señora Arendt anotó cuidadosamente el desarrollo del vocabulario de la niña, su

gozo en la creación de un «lenguaje privado», para su uso exclusivo, su larga lucha con la letra r, y, sobre todo, su afán: «Trata de imitar cualquier sonido». Al año y medio: «El habla es todavía bastante indecisa, repite mucho, pero sin significado. Mayormente, habla su propio lenguaje, eso sí, con mucha fluidez. Lo entiende todo».

Cuando Hannah Arendt cumplió los tres años, había realizado un «gran progreso en su desarrollo»; podía decirlo «prácticamente todo... aunque no siempre lo que dice resulte inteligible para las personas no cercanas a ella. Ahora emplea su lenguaje privado raras veces, cuando siente que nadie la está observando y cuando le habla a su muñeca, pero incluso en tales ocasiones mezcla toda clase de palabras. Le habla a su muñeca de la misma manera que se le habla a ella, generalmente dirigiéndole las mismas expresiones amenazadoras. “Espera y verás. Lleva cuidado o te voy a dar. O bien: ¿Estás mojada? ¿No te has hecho encima? Te daré un azote”. Nunca pronuncia las letras k, l, o r. Extremadamente vivaracha, siempre presurosa; muy afable, incluso con extraños».

Cuando la enfermedad de Paul Arendt le obligó a abandonar su trabajo, los Arendt se trasladaron a Königsberg. Después del otoño de 1910, el estado del enfermo hizo imposible invitar a casa a otros niños (la familia habitaba en una calle tranquila y sombreada de la ciudad, la Tiergartensstrasse). Afortunadamente Hannah Arendt ingresó en el parvulario, lo que la mantuvo en contacto con otros niños y además, como observó su madre, «le proporcionó muchas sugerencias estimulantes para jugar en casa». La niña traía a casa las normas del parvulario, pero de una manera muy característica: «Ella es siempre la maestra».

De las observaciones de la señora Arendt se desprende muy claramente que su hija fue convirtiéndose en una imitadora de los papeles de los adultos desde que empezó a ir al parvulario. Durante el primer año de su estancia en éste, Martha Arendt escribió una extensa nota en relación al progreso de su hija —entonces de cuatro años— realizando un balance de las cualidades de la niña que predice de forma muy exacta su posterior desarrollo intelectual: «No parece que haya en ella dote artístico de ningún tipo, como tampoco ninguna destreza manual. Sin embargo, sí que parece poseer cierta precocidad intelectual y quizá incluso una dosis de verdadero talento. Tiene, por ejemplo, memoria, sentido de orientación y una aguda capacidad de observación. Sobre todo, un candente interés en libros y letras. Ahora lee ya... todas las letras y los números sin que se le hayan enseñado, simplemente, ha adquirido este conocimiento preguntando por la calle y por todas partes». Esta nota concluye con el comentario: «Sigue siendo infantil en cuanto a su comportamiento así como al tipo de preguntas que hace». Al final de su segundo año de parvulario, Hannah se comportaba ya con su padre enfermo «como una pequeña madre», e imitaba a sus maestras. Desde su ingreso en el parvulario había perdido completamente su interés por las muñecas y había concentrado su atención en

los relatos y libros de estampas. «Su desarrollo está condicionado por la triste situación familiar, que excluye la visita de otros niños... Es extremadamente vivaz, le conmueven mucho las historias tristes, pero ama todo lo que sea alegre.»

Paul Arendt había contraído la sífilis en su juventud. Después de someterse a tratamiento, consistente en la provocación de la malaria —el bacteriólogo alemán Paul Ehrlich todavía no había introducido la terapia con compuestos de arsénico para el tratamiento de esta enfermedad—, se pensó que estaba curado. Martha Cohn conocía el hecho cuando en 1902 se casó con él. Se hallaba al corriente de la enfermedad que sufriera su marido y del tratamiento a que fuera sometido. Los síntomas de la sífilis no habían reaparecido cuando el matrimonio decidió correr el riesgo de engendrar un hijo. Sin embargo, cuando Hannah Arendt tenía dos años y medio, su padre tuvo que ser tratado de nuevo en la clínica de la Universidad de Königsberg. Desde entonces, su estado se fue deteriorando lentamente pero sin pausa. En la primavera de 1911, la enfermedad había alcanzado el principio de su tercera fase, en que se producen lesiones, la ataxia inmoviliza al paciente y surge la paresia, una suerte de locura. Arendt fue internado en Königsberg durante el verano de 1911.

La familia había considerado a Paul Arendt un hombre severo y algo desagradable. Era culto y serio, distante tras su negro mostacho encerado y sus quevedos. En opinión de su esposa era un hombre de sólidos sentimientos y poseía lo que ella llamó, en *Unser Kind* «un dominio de la vida», menos sensible pero más controlado que el de la misma Martha, mujer de apasionado y desbordante temperamento. Naturalmente, después de la reaparición de la enfermedad de su marido, se volvió particularmente ansiosa y preocupada respecto a la salud física de su hija. Por su parte, Paul Arendt se mostraba algo impaciente con la pequeña como delata una frase de una corta nota que escribió en *Unser Kind*: «Durante el día es una molestia continua, pues se mantiene despierta y exige atención». Sin embargo, el padre también hizo una gentil observación, en su ya para entonces incierta y temblorosa caligrafía: «Su sonrisa nos resulta adorable. Las canciones alegres le hacen gozar, las sentimentales la inclinan al llanto...». Típicas de su estilo son las palabras siguientes: «Es muy curiosa y muestra una tendencia a elevar la parte superior del torso, ha estado levantando la cabeza durante todo el rato. Muestra, de inmediato, miedo a los sonidos, a las voces altas, etcétera». El estilo de sus notas es más sobrio y formal, menos emotivo que el de Martha, pero no se halla desprovisto de ternura.

Años después, siempre que Hannah Arendt hablando con sus amigos se refería a su padre, le describía como a una persona culta, afable y gentil. Pero aparte de eso es de suponer que le parecería también un hombre un tanto desconcertante, que le inspiraría cierto miedo de niña. Incluso pasear con él por el Tiergarten de Königsberg era difícil, pues a causa de su enfermedad sufría de un equilibrio inestable y se caía de manera impre-

vista. Según la madre, Martha, en *Unser Kind*, Hannah, con sus cinco años de edad, se comportaba pacientemente con su padre, ayudándole como podía y procurándole distracción jugando a las cartas. Pero durante los años en que Martha estuvo concentrada en su propio dolor, no escribió nada acerca de las reacciones de su hija. El registro escrito de esta historia no se encuentra en *Unser Kind*, sino en la poesía de la adolescencia de Hannah Arendt. La sombra arrojada sobre la «niña como un sol» por la larga agonía de su padre era mayor de lo que creía Martha Arendt.

Max Arendt, el abuelo tan querido por la niña Hannah, era un narrador vivaz. Hizo un ritual de los paseos matinales con su nieta, los domingos por el parque cercano a su casa. Durante estos paseos, le contaba historias a la niña. Ésta se desplazaba para pasar muchos fines de semana con los abuelos, y asistía con ellos a los servicios sabáticos en la sinagoga. El abuelo le recitaba poemas para niños y le contaba cuentos de hadas. «Los domingos por la mañana», anotaría Martha Arendt, «el abuelo se lleva a la niña y a Meyerchen [el perro] para dar un agradable paseo por el Glacis, que ella pronuncia Glasis, y esto permanece en su memoria como algo hermoso mucho después de que [mi] suegro haya muerto». Cuando de adulta Hannah Arendt hablaba de su padre, con frecuencia lo presentaba como su compañero de paseos y narraciones. Su abuelo fue para ella un padre durante la larga enfermedad del padre, y las narraciones fueron el medio de que ella se sirvió para hacer de su desconcertante progenitor el padre que le hubiera gustado que fuera.

A medida que los libros y las narraciones adquirieron importancia para ella, aumentó su necesidad emocional de narrar, de actuar, de jugar un papel activo. En su sexto cumpleaños recibió como regalo un teatro de marionetas y se la invitó a que entretuviera a sus huéspedes, sus primos, con una representación. La niña se lanzó afanosamente a un drama complicado —según recordaría la familia—, pero tanto se integró en su actuación, tan atrapada se vio por su obra, que no podía continuar y tuvo que interrumpirla disuelta en llanto. No fue su narración, sino su interpretación de la misma lo que la dejó tan abrumada.

En sus años adultos, cuando daba conferencias y debatía en público, Hannah Arendt desprendía el magnetismo y desplegaba la prestancia de una actriz, de «una magnífica diva del escenario», en palabras de su amiga Mary McCarthy.⁶ Había aprendido, poco a poco, a controlar —aunque nunca a superarlo del todo— su gran miedo escénico, y lo había hecho por el procedimiento de rendirse a la historia, a lo que tenía que decir. Durante toda su vida admiró, más aún, veneró a los narradores, por sus historias, sí, pero todavía más por su reverente subordinación al relato perfectamente articulado. Un año después de la muerte de la danesa Isak Dinesen,

6. Mary McCarthy, «Saying Good-bye to Hannah», *New York Review of Books*, 22 de enero de 1976, p. 8.

autora de relatos breves, Hannah Arendt le contó a un amigo lo ocurrido en una ocasión en que Dinesen tuvo que ir a Nueva York para una lectura de su obra, que en realidad no fue lectura: «Apareció, vieja, muy vieja, tremendamente frágil, hermosamente vestida; se la condujo a un sillón de estilo renacimiento, se le dio un poco de vino y después, sin un solo papel en las manos, ella empezó a narrar historias (de su libro *Memorias de África*), casi textuales, casi palabra por palabra tal y como se encuentran impresas. El público, muy joven, quedó impresionado... La anciana era como una aparición Dios sabe de dónde o cuándo. E incluso más convincente que en letra impresa. Es decir: una gran señora».⁷ Esta misma gran señora narradora de cuentos, es autora del epígrafe que Hannah Arendt le puso al capítulo dedicado a la acción en *La condición humana*. Un epígrafe que capta lo que los relatos —y posteriormente la escritura— significaban para Arendt, cuando ésta había dejado atrás sus antiguas sombras y su timidez. «Todas las penas pueden ser soportadas si las conviertes en una narración o narras una historia de las mismas.»

AÑOS TRISTES Y DIFÍCILES

Cuando Martha Arendt redactaba una nota para el libro *Unser Kind* meses antes de que se viera obligada a recluir a su marido en el hospital psiquiátrico de Königsberg (verano de 1911), sus palabras con respecto al desarrollo físico e intelectual de su hija Hannah eran todavía felices: «Todo marcha perfectamente bien y la niña está siempre alegre y despierta». Transcurrirían tres años y medio antes de que Martha Arendt hiciera una nueva anotación. Ésta, extensa y retrospectiva, fechada en enero de 1914, empieza abruptamente:

Años tristes y difíciles quedan atrás de nosotras. La niña vio y experimentó toda la horrible evolución sufrida por su padre a causa de la enfermedad. Ella fue amable y paciente con él, jugó con él a las cartas durante el verano de 1911, no me permitía dirigirle al enfermo una palabra dura; pero a veces deseaba que su padre ya no estuviera allí. Rezaba por él por la mañana y por la noche, sin que se le hubiera enseñado a hacerlo.

Hannah Arendt era llevada a visitar a su padre regularmente, hasta que el enfermo cayó en tal estado que ya era incapaz de reconocer a su hija. La señora Arendt intentó que la vida doméstica fuera lo más cercana posible a la normalidad. Inició a la niña en el estudio del piano, la alentó para que hiciera visitas a sus parientes, incluida la hermanastra del padre enfermo, Frieda, que era la favorita de la pequeña Hannah; en verano, Martha se lle-

7. Arendt a Richard Wandschneider, 16 de julio de 1964, Library of Congress.

vaba a la niña a la playa. A la madre le llenaba de gozo el progreso de su hija en el parvulario; en efecto, la maestra estaba impresionada ante una discípula que a sus cinco años de edad leía y escribía sin dificultad alguna. La vida doméstica de la niña no podía ser mejor, a ella, además, le gustaba asistir al parvulario, y todavía le gustó mucho más su paso a la escuela elemental, hecho que tuvo lugar en el mes de agosto del año 1913. «Asiste a la escuela Szittnick, y quiere mucho a sus maestras, especialmente a Frau Jander, que la tiene deslumbrada. Aprende muy bien, va un año por delante de su grupo de edad. Asiste también a la catequesis dominical, que es obligatoria, y también allí aprende con gran entusiasmo.»

Pero aunque no cesó de referirse al normal desarrollo de Hannah, su madre se hallaba un poco desconcertada; sus anotaciones en el diario nos dicen tanto de su propia confusión como de la de su hija. Martha expresó su desconcierto en sus comentarios sobre el comportamiento de Hannah cuando falleció Max Arendt, el abuelo, en marzo de 1931, y Paul Arendt, el padre, en octubre del mismo año:

Enfermedad y muerte de su querido abuelo. Simultáneamente, ella está en cama con paperas. Curiosamente, no está muy conmovida por el fallecimiento del abuelo. Muy interesada en las hermosas flores, en el gentío y en el funeral. Observa el cortejo desde la ventana y se muestra orgullosa de la mucha gente que acompaña a su fallecido abuelo. Durante las semanas siguientes apenas habla de él, de su abuelo y compañero de juegos, a quien tanto amó, hasta el punto de que me hallo toda confusa pensando si se acuerda de él alguna vez. Hasta que un día me dice que no tiene sentido en absoluto pensar demasiado en cosas tristes, que es inútil entristecerse por ellas. Típico de su gran entusiasmo por la vida, siempre feliz y siempre satisfecha, apartando de ella lo más lejos posible cualquier cosa desagradable. Ahora vuelve a pensar en su abuelo, habla de él amorosamente y con calor. Pero, ¿le echa de menos? Yo creo que no.

Con posterioridad, en la nota siguiente, de 1914, Martha dejó constancia de la reacción de Hannah ante la muerte de su padre:

En octubre [1913] muere Paul. Ella recibe el acontecimiento como una cosa triste para mí. A ella misma, no le afecta. Para consolarme, dice. «Recuerda, mamá, que eso les ocurre a muchas mujeres.» Asiste al funeral y llora (según me explica) «a causa de la belleza de los cánticos»... Probablemente obtiene algo parecido a la satisfacción de las atenciones que tanta gente le prodiga. En otras circunstancias, es una niña luminosa y alegre, de buen corazón.

A Martha Arendt le preocupaba que su hija de siete años no estuviera conturbada por estas dos grandes pérdidas, como le preocupaba que la niña no pareció echarla de menos a ella misma, cuando estuvo ausente durante diez semanas, en París, después de la muerte de Max Arendt: «Hannah está con sus dos abuelas y apenas me echa de menos». Con algo más

que un pequeño alivio, advirtió que Hannah sí que la echó de menos cuando tuvo que quedarse con Klara Arendt, su abuela por parte de padre, con motivo de un segundo largo viaje suyo a Karlsbad, para recuperarse, y a Viena y a Londres, en la primavera de 1914. Escribió: «Cuando vuelvo, Hannah es feliz». Al parecer, Martha Arendt esperaba de su precoz hija una comprensión de la muerte y la ausencia propia de persona adulta, pero también parece que tomó por insensibilidad los esfuerzos de la niña por impartir consuelo y simpatía: La madre encontraba difícil de entender la disposición alegre y risueña de su hija, cuando ella atravesaba años dolorosos. Pero de pronto, no transcurrido un año, cuando la alegría de Hannah se esfumó, la madre deseó verla volver a su antiguo estado.

Martha y Hannah Arendt se encontraban en la costa báltica, en la casa que los Cohn poseían en Neukuhren, cuando estalló la primera guerra mundial. Regresaron a Königsberg en un estado «próximo al pánico». Los últimos días de agosto de 1914 fueron «días terribles, saturados de preocupaciones, sabiendo que los rusos se hallaban cercanos a Königsberg». El día 23 de agosto, temiendo que la ciudad caería ante el avance del ejército ruso, las dos mujeres huyeron a Berlín, donde vivía la hermana menor de Martha, Margarethe Fürst, con sus tres hijos. Abandonaron Königsberg en tren, precisamente cuando las tropas alemanas que habían estado luchando contra el primer ejército ruso en el Este estaban siendo transferidas al suroeste, cerca de Tannenberg, para enfrentarse allí al segundo ejército ruso. En septiembre de ese mismo año tuvo lugar la feroz batalla que contuvo el avance ruso. Los trenes que partían de Königsberg se hallaban caóticamente atestados de soldados y de prusianos del este que se daban a la fuga. Los campesinos y la pequeña nobleza rural de los distritos del este, dominados y arrasados por los rusos, llevaban consigo el resto de sus posesiones y se afanaban por ocupar un lugar en el tren con su carga a cuestas. El ambiente estaba cargado de historias de aldeas incendiadas, de granjas saqueadas y de un clamor asustado, «Kosacken kommen!» (¡que vienen los cosacos!). Las Arendt, junto con otros cientos de ciudadanos de Königsberg, abandonaron su hogar sin saber si retornarían al mismo algún día.

Hannah Arendt ingresó aquel mismo año en un *Lyzeum*, una escuela femenina en el suburbio berlinés de Charlottenburg, y sus notas fueron buenas, a pesar de que su clase era algo más avanzada que la que había frecuentado en Königsberg. «Aquí, parientes y extraños le dan mucho cariño y la miman. Sin embargo, permanece en ella una nostalgia excesiva de su casa y de Königsberg.»

Cuando Martha Arendt pudo volver a Königsberg con su hija diez semanas después de su huida, la provincia se hallaba en estado de calma. La vida había recobrado la normalidad, a pesar de que la guerra hacía estragos en ambos frentes, el del este y el del oeste. Pero la tranquilidad de Königsberg era una cosa, y otra los problemas de Martha y Hannah. La ma-

dre, preocupada, evidentemente asustada, le confió a su diario las siguientes palabras:

Este noviembre... le pusimos un aparato dental a la niña, puesto que su mandíbula no es normal y sus dientes están torcidos. Realmente, es una época de sufrimiento para la pobre criatura. En marzo de 1915 cae enferma, precisamente dos días antes de nuestra marcha de vacaciones a Berlín. Fiebre alta y una tos fea. Son las paperas, que ya pasó una vez, y que en esta ocasión vienen acompañadas por el sarampión. (Esta última enfermedad, sin embargo, en grado poco virulento, sin vómitos.) Además, una infección del oído medio en ambos oídos. La trata de nuevo el doctor Fischoder, mientras que el doctor Boluminsky le perfora los tímpanos bajo anestesia. Tiempos terribles, llenos de temores y preocupaciones. Enferma durante diez semanas; después, una rápida recuperación. Durante las vacaciones veraniegas [1915] va a nadar y está alegre, aunque ha empezado a mostrarse inquieta en la escuela y está poseída de toda clase de temores. Cada vez que tiene un examen en el colegio, «sus rodillas flaquean». Tampoco está escribiendo como cabe esperar de su capacidad, de lo que se resiente su actuación oral, que es este año mucho más pobre académicamente que en los años anteriores. Culpo de ello a su larga enfermedad y a la casi tortura del aparato dental. Habiendo sido mimada durante su enfermedad, ahora resulta difícil tratarla, es desobediente y brusca. Con frecuencia pienso que no sé situarme a su nivel, lo que me produce un gran dolor. En ocasiones soy demasiado indulgente, pero otras veces me voy al extremo opuesto, siempre con el sentimiento de que no lo estoy haciendo bien. He decidido ahora reprender menos, pasar más cosas por alto. Espero que esta actitud me lleve más lejos. Aumenta su nerviosismo en la escuela y estoy seriamente preocupada. Posee una sensibilidad psicológica excepcional y casi toda persona con la que tiene que tratar le causa sufrimiento. Veo en ella repetida mi propia juventud y eso me entristece. En lo que respecta a los demás, seguiré el sendero de lágrimas que yo he recorrido. Pero supongo que nadie puede evitar su propio destino. ¡Si pudiera ser ella como su padre! Los Arendt tienen sentimientos mucho más sólidos y en consecuencia pueden dominar la vida mucho más fácilmente que la gente de nuestra índole.

A Martha le había desconcertado su hija cuando la solidez de los sentimientos alegres de los Arendt había prevalecido en ella sobre su dolor, cuando la «niña como un sol» había actuado más como su padre, heredero de una familia establecida, asimilada, preeminente. Se había desesperado Martha comparando esto con la imagen de sí misma, la niña emotiva hija de emigrantes rusos que tuvieron que luchar por la riqueza y el prestigio social. El ideal de *Bildung*, propugnado por Goethe, le parecía a Martha absolutamente fuera de su alcance.

Las enfermedades de Hannah Arendt siguieron prodigándose todavía durante un año, 1916: «Hannah es realmente una criatura enfermiza». Fiebres, fuertes dolores de cabeza, hemorragias nasales e infecciones de garganta se sucedieron, y a las dos visitas anuales al médico, para someterse a la recientemente puesta en práctica prueba de Wasserman para la detec-

ción de la sífilis congénita, se sumaron otras muchas. Martha Arendt complicó más las cosas innecesariamente, al añadir a la temerosa sucesión de problemas médicos una clase de gimnasia a la niña y un tratamiento a base de masajes a causa de «una ligera curvatura de la espina dorsal». Estos tratamientos fueron suspendidos en el otoño de 1916, «con el fin de que [Hannah] se recupere un poco».

Testimonio del vigor intelectual de Hannah Arendt puede considerarse el hecho de que durante estos años de enfermedades y temores no se quedara atrás en la escuela. Martha anotó, con evidente placer, que en 1916 y 1917 su hija Hannah fue una de las mejores alumnas, a pesar de sus frecuentes ausencias. «Durante las vacaciones de Pascua [1917], se abate sobre ella la difteria, se le pone una inyección de suero de caballo que reduce rápidamente la fiebre y la coloración gris. En cuarentena sin ir a la escuela durante diez semanas. Las dos, una vez más solas, gozamos de unas semanas felices. Ella aprende latín de su libro de texto, de acuerdo con el programa de la escuela y lo hace tan bien que a su retorno a las clases realiza el mejor examen.» Pero el alivio de Martha ante el hecho de que a sus once años el desarrollo intelectual de su hija seguía siendo satisfactorio, no calmó su presentimiento. En 1917, escribía: «Es difícil y empieza a ser misteriosa». Esta nota tiene un tono bastante diferente que la más prosaica observación escrita en *Unser Kind* en febrero de 1916: «Ahora está creciendo a un ritmo acelerado, pero está muy, muy delgada y enclenque a pesar de su buen apetito». Sin embargo, lo que Martha Arendt quiso decir cuando calificó a su hija, en los albores de su adolescencia, de «misteriosa» (el término empleado por Martha, *undurchsichtig* significa literalmente «opaca»), y tiene supuestamente la connotación de «incomprensible») es materia de conjetura, pues el diario termina, precisamente, después de esta anotación.

Esta última anotación fue hecha transcurrida la mitad de la primera guerra mundial. Habían pasado tres años desde la serie de muertes que precedieron a la fuga de Martha y Hannah a Berlín al principio de la guerra, y la sucesión de enfermedades que siguieron inmediatamente al regreso al hogar de Königsberg. Pero durante tan largo espacio de tiempo, el temor a la enfermedad, a la muerte y a la ausencia del hogar, es una constante en las notas del diario. Estas anotaciones son como el eco de una historia contada por la misma Hannah Arendt siendo adulta: Cuando tenía cuatro años, durante el primer verano de la enfermedad de su padre, la enviaron a pasar varias semanas con sus abuelos paternos. En el momento en que su madre estaba a punto de dejarla en la casa veraniega de los Arendt, cerca de Cranitz, en la costa báltica, Hannah anunció con su firmeza y sentido común característicos: «Una niña no debería ser separada de su madre». Deseaba estar con su madre y en su casa, deseo que se le negó una vez tras otra.